

De sueños,
colores
y algunas resacas.



Prologo

Esto nace de una época particular:
de la resaca de algunas experiencias,
de lugares que conozco y quiero,
y de momentos en los que intenté entender lo que pasaba.

Aparecen rincones, calles, bares, casas, colores y personas que alguna vez fueron parte de algo.

A lo largo de estos poemas se encontrarán referencias a pintores, poetas, escritores y músicos que, de distintas maneras, me ayudaron a formar mi manera de ver y pensar el arte, las emociones y su expresión.

Algunos textos nacen del impulso de escribir sin pensar y otros de abrazar la lucidez y el sobreanálisis.

Los poemas no siguen necesariamente el orden que sugiere el título.
Algunos hablan de sueños, otros de colores, otros de resacas.
Quizá alguno reúna a todos y otros, probablemente, a nada.

En fin,
espero que encuentres en estas páginas una chispa —por más pequeña que sea— suficiente para despertar alguna emoción o pensamiento.
Como me gusta creer, si algo se despertó, aunque sea mínimo o incluso negativo, esto habrá sido entonces una pequeña victoria.

Todo esta listo,
aunque no sepa para que.

De sueños, colores y algunas resacas.

El espejo

El espejo no devuelve la mirada,
veo, miro, y no distingo mi cara.
He perdido mi rostro, o es el espejo que falla?
todo lo demás en él se halla.

Veo reflejado en él todo alrededor:
dos guitarras, un sillón y todo en color.
Un destello de sombra cruza de lado,
el vidrio respira, el aire está helado.

Mis manos, veo mis manos.
Toco mi rostro y allí está,
pero en el reflejo solo persiste
el vacío que no se va.

El cuarto se pliega dentro del cristal,
los objetos se mueven, parecen flotar.
Las guitarras vibran sin ser tocadas,
el sillón se hunde en olas calladas.

Yo no aparezco, me borran, me niegan,
mi imagen se esconde, no deja huella.
Todo está vivo detrás del cristal,
menos mi rostro, borrado al azar.

Y el sueño insiste, se quiebra, me nombra,
un eco me llama desde la sombra.
Me busco, me pierdo, no logro encontrar
la cara que un día aprendí a usar.

El retrato

En la penumbra el retrato descansa,
un marco dorado, la tela que canta.
Su rostro tranquilo parece dormir,
y el óleo respira un aire febril.

Los ojos me siguen con brillo secreto,
me rozan la piel, me arrancan el sueño.
La sala se enciende con fuego callado,
el cuadro me mira, me deja atrapado.

Sus labios se mueven, murmuran mi nombre,
la carne en la tela parece de hombre.
El tiempo se tuerce, la luz se congela,
mi sangre se hiela, mi alma se quiebra.

La pintura tiembla, el color se desgarrar,
un grito estalla detrás de la cara.
Y en un relámpago frío y brutal,
del marco me mira la Muerte total.

Lluvia en ciudad vieja

Llueve.

La piedra lo celebra.

El agua cuenta secretos
que el sol no revela.

Sarandí guarda los pasos,
guarda vida.

Un balcón descuelga la esquina;
el cielo lo abraza, lo adivina.

Rincones abandonados,
de otro tiempo olvidados,
guardan palabras, besos,
todos nuestros sueños.

Bar Misiones,
café negro,
relato,
voz gastada,
tabaco.

25 de Mayo y su historia,
no pesa, acaricia.
Recuerda sin tristeza,
solo con la brisa.

Todo intacto en su manera rota,
muros,
pasos,
notas.

Y la lluvia.
La lluvia
la viste de discreta fiesta,
como quien ama en silencio
y se queda.

Azul

En los campos de canola
yo la vi parada,
yo la vi sola.

Envuelta en el alegre amarillo
miraba al horizonte
perdido.

Buscaba una flor roja
que fuese como ella,
tan sola.

Azul era su nombre,
a veces cantaba
a los hombres.

Tenía siempre una sonrisa triste,
era imposible
ver sus ojos grises.

Verdes eran sus vestidos,
aunque no siempre
eran vistos.

Esperaba por la negra oscuridad,
ese momento
donde era libertad.

Miraba el blanco de las estrellas,
esperaba
que alguna fuera por ella.

Azul era su nombre.

Los amantes

Besémonos sin vernos.
Tapemos nuestros rostros.
Olvidemos quiénes somos.
Todo de nosotros.

Ponte tu mejor ropa,
me pondré la mía.
Juntemos nuestros brazos,
abracemos la caída.

Rompamos nuestros dientes,
hagamos que duela.
Que el silencio nos cubra
como marea lenta.

Qué importa lo demás?
Qué importa el después?
Dejemos que el cielo
sea todo, todo arder.

Entre amapolas rojas
reposan nuestros días,
glorias de amantes
sin melodías.

Somos piezas perdidas
de una historia incompleta,
sueños de arena
en manos que aprietan.

Besémonos sin vernos.
Tapemos nuestros rostros.
Olvidemos quiénes somos.
Todo de nosotros.

Hijo del hombre

Cómo me gustaría ver tu rostro,
sentirte cerca aunque sea un poco.

Entender por qué te ocultas,
saber qué es lo que buscas.

Tomar un café, darte la mano,
mirar detrás del verde extraño.

Contemplar contigo el cielo gris,
hablar de la simpleza, del morir.

Reír un poco, burlarnos quizá,
y en silencio rozar la eternidad.

Comentar nuestros sueños,
lo trascendental y el duelo.

Leer tus libros y preguntar
si aquello sucedió, si es verdad.

Solo quizá

Y si los ojos mienten?
Si lo que vemos no fuera real?
Qué sería de nosotros sin confiar,
si el sueño y el día fueran igual?

Llamamos verdad
a lo que elegimos no dudar,
y quizá, solo quizá,
allí esté la realidad.

Entonces,
debo dudar de todo?
La fe,
los principios,
el bien,
el mal...
Dónde están?

Quizá, solo quizá,
allí esté la verdad.

Rojo sangre

La vi envuelta en la manta,
Rojo sangre corría por su cara.
Eran cientos, risas y carcajadas,
Sensual, feroz, casi despiadada.

Sobre la cama un hombre esperaba,
Vergonzoso entregaba la madrugada.
Sabía su final, su única razón
Ser testigo del rito, del alrededor.

Tendidos en el suelo, los ángeles,
Carnaval de bestias indomables
Atados con cuerdas rugían
Temiendo las sombras que venían

La noche profunda cayó
Lo esperado sucedió
Fue muerte ira y pasión
Fue todo lo de siempre, corazón.

Insurrección

Hoy quiero pelear.
Mis manos tiemblan,
me abrazan,
cubren mi cara.

El viento me lleva,
me corre el fuego.
El peso del pensamiento
me hunde.

El delirio de mi sangre
me ahoga.
Yo es otro,
y es antes.

La errancia me castiga.
La libertad
es culpable.

No hay revolución:
todos quieren ganar.

El éxtasis, la pasión...
qué tan lejos del dolor?

El roce de su piel
me envenena.
Su sexo me aprisiona.
La carne ya no es.
Es eso:
es cárcel.

En su ausencia

Lo que traje ya no dice nada.
Seco, olvidado, sin cara ni gracia.
Está ahí, en la mesa, en un rincón de casa,
como este cuarto donde el tiempo no pasa.

Si supiera dónde estamos,
si pudiera, tan solo, saber si lloramos.
Quizá en otro lado, vos también pensás
que fue poco, que fue mucho, que ya no da.

Una vez lo dijiste, sin voz ni reclamo:
“ni una me diste”, y bajaste la mano.
Como quien ya se rindió,
con el dolor pasando.

El café se enfría como nuestras voces,
y el aire no pesa, y tampoco hay roces.
Hay un eco tuyo en cada rincón,
pero no queda espacio para el perdón.

Te nombré en silencio, de verdad, sin drama,
como si eso alcanzara para encender una llama.
Y me encontré solo, con culpa en los ojos,
con el gesto marchito y los brazos flojos.

Dónde quedó todo lo que dolía?
Quién guarda el amor cuando ya no es poesía?
Me queda esa sombra, esa ausencia concreta,
y el recuerdo sin nombre
sobre la mesa.

Fragmentos

Lágrimas paseando por el rostro,
signos del tiempo, algo roto.

Las notas de un piano tenso,
el recuerdo tibio de nuestros besos.

Flores arrancadas,
gritos, llantos y carcajadas.

La noria, las sombrillas,
nuestros sueños y fantasías.

Nuestras manos en la niebla,
el camino, las piedras.

Un sutil paso de baile,
respirar lento el mismo aire.

Una guitarra desafinada,
la voz apenas quebrada.

La piedad del fuerte viento,
las caricias,
los momentos....

2 de febrero y la rambla

Lunes de nubes rosadas,
2 de febrero y la rambla.
La curva se estira en calma,
las casas guardan su alma.

La bandera ondea tranquila,
la isla de Lobos brilla.
El viento pasa en la esquina,
las cerrajas rozan mi rodilla.

Jardines bien cuidados,
portones gigantes cerrados.
las gaviotas sin ruido,
todo está como dormido.

El faro asoma en la altura,
en medio de tanta estructura.
Un gato camina en la cornisa,
con paso lento, sin prisa.

Hoy no hay risas, no hay gente,
solo el aire, limpio y presente.
Y yo, parado en silencio,
mirando el mar, sin tiempo.

Sobre el color y algo más

Sentada en la cama con mi canguro violeta
Sacudía la cabeza y movía las piernas
De ojos grises profundos y enormes
Tocaba mi Strato azul y decía poemas

Le gustaban las flores rojas
Los besos en la frente y mirar las olas
Grandes, celestes, hermosas
Corría descalza y pasaban las horas.

Acariciaba el verde pasto de la rambla
Tomaba café y a veces bailaba.
Tarareaba siempre la misma canción
Y decía secretos sin ninguna razón.

Tenía una voz suave que me gustaba
Y con una mueca decía lo que pensaba.
Una sonrisa blanca casi transparente
Que no se por qué no siempre mostraba.

Eternidad II

Pero, además de en sus brazos,
En el ruido del mar, en nuestros pasos.
La encuentro en lo efímero de los momentos.
en mi abuelo y todos sus cuentos.

La veo en la mirada perdida,
en una canción, en la palabra escrita.

La siento en una caricia,
en un sueño y en una mentira.
La escucho en un amigo,
y siempre que estoy perdido.

La noto en un cuadro de Sayago,
y caminando por el Prado.

Irónicamente, es solo un momento:
un segundo incompleto,
un instante de vida capturado.
Justo. Preciso. Esperado.

Tedio

Poesías muertas,
Son fragmentos,
Matar el tiempo,
Tan poco siento.

Hábitos raros,
Palabras sueltas,
Flores viejas,
No me mientas.

Ideas usadas,
Amarillas, cansadas.
Lluvia seca,
Estar más cerca.

Rincones perdidos,
Grises, vividos.
Rutas trucas,
Siempre y nunca.

Es así

Tengo algunas certezas,
muy pocas promesas.
Aprendí que en perder
hay también belleza.

Esa foto vieja en el bolsillo
me mira distinto, va conmigo.
Como un verso ajeno,
como un viejo amigo.

Un par de aciertos
andan por ahí,
se sientan conmigo
cuando quiero huir.

Besos esquivos,
sueños de arena,
la revolución
que se ha vuelto condena.

Pero sigo en la mesa,
con whisky barato,
escribiendo palabras
para salvar mis ratos.

Y si hoy no es el día,
ni este el poema,
igual le sonrío,
aunque no valga la pena

Gris

El día es gris,
la calle es gris,
las horas caen,
todo es así.

Camino, vuelvo,
nada se mueve,
la misma sombra
ni siquiera llueve.

Un plato, una cama,
el mismo reloj,
la vida cansada,
el mismo dolor.

Trabajo, silencio,
rutina sin fin,
el día es gris,
yo soy gris.

Número seis

Abrí una caja,
encontré unas fotos,
vi unas cartas
y un saco roto.

Había polvo,
estornudé,
y entre la risa y la nada
volví a lo que fue.

Encontré un casete,
que miraba mis pies,
con lapicera decía
primeros pasos Daniel.

Unos cuadernos de escuela,
rayados y torcidos,
con letras torpes
y dibujos perdidos.

Cartas de amor
de cuando iba al liceo,
palabras grandes
en papeles pequeños.

Entradas gastadas
de aquellos conciertos,
la música viva
en papeles desiertos.

Medallas guardadas
de cuando corría,
el aire en la cara,
la gloria en el día.

Una camiseta de fútbol,
azul desteñido,
con el número seis
de aquel niño perdido.

Las cosas se apagan,
los años también,
pero en cada recuerdo
me vuelvo a ver.

#

Porque es perfectamente inútil esperar,
mantener la dignidad del tedio, intentar.

Llamativamente, no hay encanto tan bello
como verte y comenzar de nuevo. El duelo.

Tengo un epicureísmo sutil de alma.
Me basta la sensación de ver el reflejo
de la luz entrar por mi ventana. La calma.

Me alcanza sentir que el pensamiento
se vuelve leve y que, por un instante,
casi no duele.
Se muere.

Sigo vivo

Brindo a salud del desacato,
flor viviente del desencanto.

Por el humo, la noche y la mesa,
por el beso robado a la tristeza.

Brindo al error que no se arrepiente,
al loco brindis de toda la gente.

Por los poetas sin calendario,
que hacen del vino su rosario.

Brindo al viento de la tarde,
en las noches largas del verano;

por caerme y volver a brindar,
por reírme, festejar y llorar.

Por las guitarras que suenan torcidas,
y las promesas que quedan perdidas.

Brindo al amor que quema temprano,
a la derrota que tiembla en la mano.

Y si mañana me encuentro caído,
brindo de nuevo:
sigo vivo.

Un deseo

Quiero ir donde nunca fui,
quiero un rayo de sol en mi jardín,
aunque solo sea un balcón,
y ese balcón, solo un rincón.

Quiero cantar la canción de siempre,
bajo la lluvia, frente al mar.
Que en La Paloma el cielo me encuentre,
y no me importe regresar.

Donde quepa el silencio,
donde el tiempo se aquiete,
donde no sienta el invierno,
ni me falte la suerte.

3 Palabras

Ese banco de la plaza,
tres veces tres,
es su lugar
y ya no es.

3 veces me callé,
3 veces me ahogué en las palabras
que no dije, solo pensé.
3 veces maté a Dios
en mis rezos sin fe.

3 veces grité,
3 veces te nombré.
3 ideas desmayadas
que nunca te conté.

Tantas veces te busqué
hasta que,
al fin,
no te extrañé.

3 veces desperté
y morí viviendo,
soñándote.

3 cuchillos —3—
fueron los que quemé,
y tus palabras olvidé.

Te escribí,
me escribí,
derramé mi piel
en el papel

mientras,
sin pensarlo,
te olvidé.

3 palabras:
fáciles,
sencillas,
inútiles,
pérdidas.

Te amo
y adiós.

“Te amo” son dos.
No cuenta mi adiós.

Mi escena

Hay un retrato en la pared.
La sonrisa de alguien que se fue.

Sobre la mesa,
dos vasos con marcas de whisky
y un habano que nunca terminé.

Libros apilados sin orden,
Hermosos y malditos,
gastado,
como casi todo lo que me gusta.

La luz entra por las rendijas
de una persiana que nunca subo del todo.
Dibuja líneas en el piso,
en los papeles,
en mi ropa colgada de la silla.

La luz amarilla sobre la mesa
no ilumina mucho,
pero alcanza.

Hay olor a perfume francés
flotando entre el humo y la pared.

Una silla torcida
que cruje cuando nadie la toca.

Lapiceras abiertas,
lápices sin punta,
papeles con frases sueltas
que ya no sé si son ideas o basura.

Un reloj de arena sin apuro.
Llaves en un rincón.
Un parlante enorme
esperando alguna canción.

No hay silencio,
pero nadie habla.
Todo está listo,
aunque no sepa para qué.

Lucidez

De repente,
soy bueno para pensar.
Como si toda la lucidez
que no busqué durante años
me atacara a la vez.

Hay alivio en entender,
calma en ver algunas cosas,
la suerte, aprender a perder.
Lucidez.

La copa y el silencio

Toda mi alma cabe en un verso,
que no es más que eso:
lo que duran tus besos.

Tus ojos dulces
bordan el misterio,
el único
que aún no resuelvo.

Los impulsos brutales de tu ternura
hacen que mi vida pase con premura,
sin pensar en nada de lo que ocurra.

La copa entre tus dedos me señala,
me apunta,
siento como me apuñala.

El silencio, mi fiel amigo,
hoy solo juega conmigo,
y en tu respiración me quedo.

Solo cosas bellas veo de ti,
y tu estirpe de diosa cautivante
que me vuelve tu loco amante.

Mi amor

Una sombra,
mi sombra,
acecha entre la niebla.

La lluvia recorre mi cuerpo,
borrando tu nombre,
borrando lo nuestro.

Harto de sentir,
camino buscando,
desesperado,
más —más sentir—
placer,
dolor,
amor,
mi amor.

Evidentemente Solo

Solo.

Soledad.

Hay algo ahí.

Quizá.

Camino

la playa,

las calles.

Hablo en voz alta,

y mi voz

me abraza.

Loco.

Seguro.

Tranquilo.

Solo.

Sueño 3

Desperté,
salí a caminar,
la niebla sabía hablar.

Calles empedradas,
nubes de azúcar,
sombras al pasar.

Veo números:
tres, dos, uno,
y rostros mudos
sin boca,
que murmuran
de faros, rosas
y rocas.

Sirenas congeladas
en charcos,
en botellas calladas.

Personas de blanco,
arcoíris grises,
espinas plateadas.

Una puerta se abre:
está muy lejos.
No puedo entrar.
No puedo salir.
Y, por un segundo,
quiero morir.

Y entre la bruma,
la voz de un árbol
canta
de rojo y naranja.
Mientras su sombra
me nombra por nada.

Despedidas

El beso en la sien,
todo esta bien.

Abrazos fuertes,
duelen.

Palabras pesadas,
apuñalan.

Miradas perdidas,
tensas.

Bocas amables,
balbuceantes.

Recuerdos olvidados,
castigados.

Manos temblorosas.

Muerte de mariposas.

Días de esos,
de despedidas.

La mala memoria

Ya no recuerdo
cada sentimiento.

Ya no recuerdo
mi propio reflejo.

Ya no recuerdo
qué pasó ayer
o por qué te amé.

No recuerdo mi nombre,
no recuerdo tu piel.

No recuerdo quién era
o por qué cambié.

Dulce sonrisa

Al que por fin encontró
motivo de dulce sonrisa,
al dueño de la botella vacía.

Al que ahuyenta el miedo
con sus melodías,
al que espanta el dolor
escribiendo canción.

A los que escuchan el corazón
y no piden perdón.

A los que mueven montañas
y no esperan por nada.

A los que levantan el peso
de las mañanas.

A los que hablan solo
con la mirada.

Silenciosa orquesta

En las notas de un violín
me perdí.
La orquesta —silenciosa—
anunciaba el fin.

La melodía suave
me envolvió,
y bailando en su eco,
me perdió.

Octavas,
silencios,
un coro en ascenso:
triunfal,
estremecedor.

Carnaval de sensación,
dios de sangre y pasión,
dolor que atraviesa
y desgarrar
el corazón.

Pierdo el aire,
la razón,
la voz entera
en la canción.

La flor,
la fortuna,
el espejo,
el color:
todos tiemblan
al mismo acorde,
al mismo temblor.

La riqueza de mi alma
se quiebra,
se rinde,
se pierde
ante su voz.

Y el infierno
me abraza,
me consume,
me alza:
su fuego recuerda
lo que tuve
y lo que no.

Me recuerda
perderla,
perseguirla,
verla;
no tenerla,
no saber
de ella...

solo oírla,
solo sentirla
en cada nota
que —al romperse—
me revela.

Unas ultimas palabras

No olvidar,
amar.
Dejarse encontrar.

Estar listo,
mirar al frente,
tomar un segundo,
volver a verte.

Y que lo que quede,
quede.

Al final,
la sensación
de haber vivido
será siempre
lo único mío.

En la paz,
en la guerra,
cuando falte la fuerza,
una voz,
una luz,
una flor que descansa,
traerán siempre
esperanza.

Como uno mismo

Mirarse a uno mismo para qué?
Solía preguntarme.

¿Para ver la oscuridad que nunca quise ver?
¿Para enfrentar algo que en realidad
nunca quise entender?

¿Qué sentido tiene animarse a dar una pelea
que no termina?
Una pelea eterna, imposible de ganar.

¿Cómo podría yo ser capaz de ganarle
a algo tan desconocido como yo mismo?

Si ni siquiera sé qué quiero hacer después,
¿cómo podría ganarle a alguien
tan impredecible
que quiere algo
y hace lo contrario?

Alguien cuyos deseos y males ni siquiera conozco,
que cambia todos los días.

Alguien tan perdido
y tan encontrado en el mismo lugar
que todo parece estar bien
cuando está mal.

Alguien tan desalineado
e increíblemente desequilibrado
que ir en busca de una explicación
sería un riesgo absurdo.

Alguien que incluso al despertar
ya se quiere dormir.

Que cuando es lunes desea el viernes
y cuando es viernes le teme al lunes.

Alguien que escribe y recuerda
para olvidarse
de aquello que quiere recordar.

Alguien tan perdido
que se encuentra
en cada pequeño golpe
que se da a sí mismo.

Alguien tan lúcido
que encuentra en la confusión
poco menos que una bendición
para volver a sentir el peso de la lucidez un rato
para volverse a confundir
mientras mira sus manos.

Una tregua

Una tregua hace bien,
me dijo una señora una vez.

Poner la pelota bajo el pie,
el diario bajo el brazo
y sentir la piel.

Respirar un rato,
no pensar tanto.

Mirar un poco para abajo
y recordar
que estamos bien.

Abrir los ojos,
grandes,
bien grandes.

A veces reírse,
bien alto,
casi gritando.

Mirar el cielo,
contar las estrellas.
Son muchas,
pero sí, eso.

Escribir
un par de palabras,
no tantas.

Para mí,
para vos,
para ella.

Recordar
los buenos tiempos
y después, olvidarse
que los tenemos.

Quemarse con el sol,
cantar una canción,
mandar un mensaje
y, por qué no,
pensar en vos.

Ir a la playa,
comer mal,
volver a reírse,
saltar unas olas,
irse.

Estar en silencio,
estar solo,
estar,
un poco más,
nosotros.

En fin,
una tregua hace bien.

Epílogo

Y si llegaste aquí
Mis palabras
ya no son mías
son tuyas

El epílogo
es simple
tan solo
lo quise



Montevideo, 2025.